

# COMO UNA BRUJULA

Jesús CAPO

*Jesús Capo dejó su pueblo natal, Rentería, en 1959. hace ahora 32 años, para emigrar a Chile. En 1976, 17 años después, volvió en una primera visita que sólo duró cuatro escasos días. Ahora, en 1991, casi otros tantos años después, y con el motivo de haber ganado el Premio Cáceres de novela corta y su publicación, Jesús ha prolongado su segunda visita al Txoko a 24 días.*

*Esta colaboración que nos remite ahora desde Santiago de Chile, es un recuerdo de uno de estos días en Rentería. Un domingo de Marzo pasado, en su afán por apurar al máximo el tiempo entre sus amigos y paisanos de siempre, Jesús madrugó, por lo que se ve en exceso, con el fin de encontrarse con contertulios y disfrutar del txikiteo domingero ...*

\* \* \* \*

Es demasiado temprano. No sé porqué me apresuré tanto en dejar Pasajes. Es domingo y demasiado temprano. Me acerco al centro, por Viteri. La lluvia, tamizada y suave, cae en diagonal. Es una garúa fría. Es un shirimiri. Por más que pienso, no puedo discernir la diferencia.

Llego hasta la Alameda. Apenas se ven tres o cuatro personas. Una mujer cruza apresurada delante mío. No se ve ningún niño. El pueblo está silencioso.

Me dirijo por la calle del cine Reina. El cine ya no existe. Llego hasta la Esmaltería. Al salir del puente, veo la ermita de la Magdalena. Muchas veces llegué apresurado, en pleno invierno, junto con otros compañeros, a una misa temprana. Recuerdo el intenso frío que pasé allí.

La calle Magdalena está silenciosa. En realidad, todo el pueblo está silencioso. Sólo alguna voz esporádica y apagada se oye tenue. Es quizás algún hombre que reclama el desayuno. O algún joven que protesta por un despertar intempestivo. Es como un susurro ensordinado. Las paredes de las casas están húmedas. Oscuras franjas serpentean por las paredes. La calle ahora me parece normal. Cuando llegué, me pareció más pequeña. Y mucho más vieja. Igual que Viteri, Abajo, Sancho-Enea. Todas.

Entro a la iglesia. La misa es en castellano. Contemplo ensimismado el altar mayor. Veo arriba aquella especie de llama o explosión dorada. A los lados, unos angelotes, rozagantes y desnudos, se sientan peligrosamente sobre una curva repisa.

Trato de recuperar en mi memoria las imágenes, las columnas, los retablos. Como cuando tenía siete, doce, veintidós años. Poco a poco, comienzo a reconocerlos. No hay ningún joven. Paso desapercibido.

Salgo y trato de pensar en algún amigo a quien pueda visitar. No, todavía es muy temprano. Se ve muy poca gente. Y sigue lloviendo. Voy, por la Alameda, hasta Viteri. Por suerte, hay una cafetería abierta. No conozco a la mujer, ni ella a mí. Desayuno, mientras a través de la ventana contemplo mi barrio. Me parece ver abierta la tienda, o el taller, de un amigo mío. Qué estupendo que trabaje también el domingo. Es mi salvación. No sé porqué me apresuré a venirme tan temprano de Pasajes, donde me aloja el amigo. Este se extrañó. Pero no quiero enredarme allí -el txikiteo, etc.- como ya me pasó otro

domingo. He estado aquí muy pocos días y pronto me tengo que marchar. Sólo el que pierde algo valora lo que significa. Algo húmedo comienza a nacer en mis lacrimales. Pero no cedo. Pasajes me gusta, pero, a pesar de ello, me he apresurado en llegar aquí. Quiero absorberlo todo, desde temprano. Y así, me aseguro de que de aquí no me moveré. Llego hasta la tienda, mejor dicho, taller, de mi amigo. Forzo la puerta. Es inútil, está cerrada.

Vuelvo de nuevo a la Alameda. Sigue lloviendo. Hacia el puerto se perciben nubes oscuras. Peñas de Aya no se ven. El cielo está todo nublado. Contemplo los relojes de la torre. Son como dos ojos pensativos. Tristes. Y además, inmóviles.

Voy hacia Capitán-Enea. Contemplo la casa de Matxin, el capitán. Ahora sé quien es. Aquí, muy cerca, estuve tres años sumergido en un despacho. Y cuando miraba aquel escudo tallado en piedra, siempre me llamaba la atención, pero no sabía qué significaba. Ahora creo que sí. Espero no engañarme.

Salgo a Viteri. Entro por Sancho-Enea. Gaspar. Recuerdo aquellos niños -los hijos de Gaspar- llevando en un carricoche una gran cesta conteniendo roscas de reyes, vino y otros regalos al Hospital. Ahora me encuentro frente a uno de los bares que más he frecuentado estos días. Aunque su nombre no está en euskera, he pasado unos momentos en él que, para mí, lo justifican. Todavía está cerrado. Recuerdo las fotos del Touring. Sus jugadores: un amigo, varios conocidos. Me avergüenza pensar que he ido a ver a la Real y no a nuestro equipo.

Entro por Santa María y salgo por Viteri. Todavía la gente, al parecer, descansa. Apenas se oyen algunas voces y débiles. La lluvia no cede. Contemplo los caños de mi pantalón. Están mojados. Pero esto no es nada, comparando con el vendaval que tuve que aguantar en días pasados. Allí, a pocos metros, al otro lado de la carretera, esperando el autobús, ya de noche, que no aparecía, empapado, mientras los coches pasaban a gran velocidad, salpicando indiscriminadamente. Hasta que descubrí el topo. No era el mismo, por supuesto. Ya no emitía aquel crujido. Ya no traqueteaba como antes. Pero todavía era el topo.

Penetro por calle Abajo y, al doblar, recuerdo aquel par de chicos, semiescondidos, que he visto hace unos días, en aquel rincón; uno, en una actitud sospechosa, manipulaba en un brazo, mientras el otro hacía como que lo ocultaba, pero la verdad era que permanecía indiferente, casi desafiante. La escena me inquieta. Me preocupa. Ahora no hay nadie. La calle está desierta.

Salgo por la calle del Medio a la plaza del Ayuntamiento, no sin antes lanzar una mirada acuciosa tratando de encontrar la tienda o taller donde aquella familia trenzaba sigilosa y rápidamente unas cestas descomunales. Ahora, me parecen normales. En la Plaza me detengo. Miro al Ayuntamiento. Me molesta, hasta el punto que comienzo a rezongar a solas, ver ese edificio, sólido y elegante, embadurnado con frases y signos. Mi malhumor disminuye y se transforma en una mordaz sonrisa cuando recuerdo cómo he interpelado hace poco a un amigo achacándole, en parte, la culpa de esos graffitis y él me ha contestado con toda sencillez: tienes razón, dejándome desarmado en mi creciente diatriba.

Estoy en la misma confluencia, donde se encontraban Jesús y María, la mañana del sábado santo. El encuentro. La música la tengo dentro. Así como la capa amarilla, brillante. Pero no puedo precisar a quien correspondía. Estoy en esta Plaza y no sé adónde ir. Por un momento, pienso en llamar a la casa de mi amigo que vive a unos pasos. Me da vergüenza. No. No. ¿Qué va a decir de mí, su mujer?.

Me acerco de nuevo a la iglesia. Subo casi por inercia las escaleras y me encuentro en la puerta. Cualquiera que me hubiera seguido, aseguraría -y con razón- que soy un beato o que estoy loco. Estoy más cerca de lo último. Nadie podría comprender lo que pasa en mí. Lluve. Los bares están cerrados.

No conozco a nadie. ¿Dónde están mis amigos?. Las calles siguen casi silenciosas. ¿Qué hago?. Ahora la misa es en euskera. Agudizo mis sentidos para comprender lo más posible. Son muchos los años que no escuchaba estas palabras. Pero, aunque no las comprenda, mi oído está hecho a ellas. Por suerte, a la derecha del altar, aparece una pantalla -bendito sea el siglo de la cibernética, pienso- con el texto de las canciones. Después de algunas vacilaciones, logro, incluso, corear alguna.

Un hombre parece reconocerme. Me mira atento, como dudando, la mirada fija. Yo lo reconozco, pero permanezco inmutable.

Salgo y ahora sí llamo a casa de mi amigo. Me reciben muy amistosos. Estoy contento. Me siento en casa. Quizás haya sido una imprudencia venir tan temprano. Por un momento, me viene la idea de que soy como una brújula -eso sí, bastante mohosa-, siempre tiendo hacia el norte. El mío. Rentería.

